



Seix Barral

Eduardo Mendoza

La verdad sobre el caso Savolta

Prólogo de Sergio Vila-Sanjuán





Seix Barral Biblioteca Breve

Eduardo Mendoza

La verdad sobre el caso Savolta

Prólogo de Sergio Vila-Sanjuán

© Eduardo Mendoza, 1975, 2015

«Un caso para recordar» © Sergio Vila-Sanjuán, 2025

«Una opinión sobre el caso Mendoza» © Herederos de Juan García Hortelano, 1976, 2015

«Algunas posibles verdades sobre *La verdad sobre el caso Savolta*» © Herederos de Manuel Vázquez Montalbán, 1992, 2015

«La perdurable estrella fugaz» © Félix de Azúa, 2003, 2015

«*La verdad sobre el caso Savolta* por Eduardo Mendoza» © Eduardo Mendoza, 2003, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 1975, 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-322-4453-7

Depósito legal: B. 3.529-2025

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

El fragmento de la página 467 pertenece a la obra *Mundo Mendoza* (Seix Barral, 2006), de Llàtzer Moix.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los textos que aparecen en el apéndice final de este libro.

Documentación: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Archivo General de la Administración, Fondo Ministerio de Información y Turismo.

[IDD (03)050.000, caja 73/03405, exp. 9978-73 e IDD (03)050.000 caja 73/04785, exp. 4359-75.]

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



UN CASO PARA RECORDAR

POR SERGIO VILA-SANJUÁN

¡Qué bien resiste el paso del tiempo *La verdad sobre el caso Savolta*! ¡Qué interesante, amena, profunda y divertida es esta novela que publicó Eduardo Mendoza en 1975! ¡Qué sensación más contundente de obra redonda sigue produciendo!

Ambientada en la Barcelona de 1917-1919, relata una historia de ambición y conspiraciones empresariales; de amores difíciles, asesinatos e investigación policial y periodística. Presenta elementos de novela histórica, *thriller* e intriga legal, relato de humor, narración realista de aire decimonónico e innovación de las estructuras narrativas, tan característica de los años setenta. Tiene de todo y muy bien combinado. En sus páginas se lanzan tantas naranjas al aire que parece imposible que el malabarista al frente consiga mantenerlas en movimiento sin que alguna se le caiga al suelo. Pero ninguna se le despista al Mendoza de treinta y pocos años que arrancaba con este libro una muy brillante andadura que le llevaría a recibir en 2017 el Premio Cervantes.

Barcelona violenta

Vamos al contexto histórico. El escritor barcelonés vuelve la mirada hacia un período de extrema convulsión en su ciudad natal, caracterizada por la radicalización hacia la violencia de una parte de las organizaciones obreras y de las patronales.

La rápida industrialización catalana había generado mucha riqueza mal repartida; un sustancioso aumento de población —de 530.000 habitantes en 1900 a 710.000 en 1920— e importantes tensiones. Ciertos elementos del anarquismo catalán llevaban practicando la «acción directa» —el recurso a tiroteos y bombas— desde finales del siglo XIX, pero en el período recreado en esta novela se incrementó notablemente, generando una reacción muy dura del mundo empresarial. El pistolerismo rojo y blanco —sindicalista y patronal— fue de la mano de la delincuencia urbana en alza.

La violencia se disparó en 1917, año del arranque del texto, en que se contabilizaron 32 muertos en distintos atentados sociales. Llegará a su culmen en 1921, cuando la parte central de la novela ha concluido, con 311 víctimas en las calles, y acabará resultando determinante para la proclamación de la dictadura de Miguel Primo de Rivera en 1923. La burguesía catalana llevaba tiempo pidiendo una solución de fuerza para el conflicto social y el entonces capitán general de la región no dudó en recoger el guante, con drásticas consecuencias para todo el país.

Mendoza utilizó una documentación solvente que en ningún momento ahoga el fluir de la historia. Rescataba un período que había sido tocado novelísticamente mucho tiempo atrás y se hallaba entonces en plena hibernación. Lo había utilizado el novelista Joan Oller, muy pegado al desarrollo de los hechos, en *Quan mataven pels carrers* (1930), y también el superventas de posguerra Ignacio Agus-

tí, que introducía en *Mariona Rebull* (1943) el precedente de la bomba del Liceo y en *Desiderio* (1957) las luchas de los años diez del siglo xx. El recuerdo de esa violencia permanecía en la atmósfera barcelonesa; yo mismo había oído a mi abuelo evocar aquellos enfrentamientos a tiros, previos a la guerra civil, que de alguna forma anunciaban.

Pero Mendoza, con una visión nueva, vuelve a poner el episodio sobre la mesa y lo fija en el imaginario urbano, con la industria Savolta como símbolo de un tiempo. Cabe destacar que el primer estudio exhaustivo contemporáneo sobre el tema, *Los años del pistolero*, de León Ignacio, aparecerá en 1981, varios años después y en la onda de interés activado por la novela que comentamos. Cuando se habla hoy de este terrible fenómeno histórico la primera referencia habitual es *La verdad sobre el caso Savolta*.

Una biblioteca en Londres

En tanto que *thriller*, Eduardo Mendoza dibuja la sucesión de asesinatos que configuran «el caso Savolta» en una intriga que mantiene el interés del lector y, como en los clásicos del género, no se desvela del todo hasta las últimas páginas. Esa línea conlleva una subtrama de abogados vinculada a la empresa que da nombre al texto.

A Mendoza, nacido en 1943, todo este paisaje le llegó en parte por tradición familiar (como a tantos barceloneses), en parte como memoria colectiva. Nos lo explicó en una larga entrevista que le hicimos con Pepe Ribas para la revista *Ajoblanco* en abril de 1988.

«Las primeras notas del *Savolta* las tomé en 1966 en Londres, donde estaba con una beca —dijo—. En aquellas bibliotecas tan asequibles, cómodas y calentitas que tienen los ingleses empecé a leer sobre la historia de Barcelo-

na y descubrí que era una ciudad enormemente divertida, con mucha vida. En casa había escuchado un sinfín de anécdotas, pero solo me sirvieron cuando las pude encuadrar en un marco histórico más amplio. Entonces, entre ese marco que me dieron mis investigaciones y la anécdota inmediata y cotidiana, me encontré con todos los elementos que necesitaba para contar una historia que se ponía en pie por sí sola, y que no tenía comparación con las de esa Barcelona de blanco y negro, de No-Do y restricciones que en los años sesenta empezaba a desaparecer, pero que era la que habíamos vivido todos. A su lado, otra ciudad se levantaba de pronto del suelo, llena de acción. Yo tenía que escribirlo porque no me cabía en la cabeza en el sentido físico del término.»

El transcurrir de la acción en bufetes y la transcripción de supuestos documentos legales obedece también a la propia experiencia del novelista. Tras licenciarse en Derecho, Mendoza había trabajado en un despacho como pasante. «Redactaba escritos de poca importancia, papeleo de pisos y cosas así. Pero me familiaricé con el lenguaje jurídico, que es interesantísimo», nos manifestó a Ribas y a mí. Y tras su beca londinense, pasó a integrarse en el gabinete jurídico de la empresa Fecsa, donde le tocó colaborar en un litigio internacional mítico en los círculos procesales, el de la «Barcelona Traction», vinculado a la electrificación de Cataluña en la segunda década del siglo xx y en el que se disputaban muchos millones de pesetas. Un interminable caso en el que Mendoza estuvo trabajando bastantes meses, «todos los días de ocho a tres» (la sentencia no llegó hasta 1970).

«Mi función allí —nos manifestaba— consistía en entrar en los archivos de las empresas, leer documentación (como eran multinacionales estaba en inglés, francés y alemán) e ir ordenando un poquito el material. Así tuve acceso a mucha información, aunque no excesivamen-

te reveladora. Nunca descubrí esa conspiración que todos buscamos, pero sí un aspecto interesante: la forma de ir relatando un suceso a base de mínimos detalles marginales. La historia de una operación venía dada por un contrato, una carta, la minuta de un encuentro en no sé dónde, un telegrama... Nada de eso tenía ningún sentido por sí solo, pero visto todo en perspectiva formaba parte de una operación de compraventa de una empresa.»

Humor y humanismo

Horace Walpole, el autor de *El castillo de Otranto*, escribió que «la vida es una comedia para quienes piensan y una tragedia para quienes sienten». A propósito de Mendoza hablábamos antes de humor, a veces un humor ganso que aflora en los apellidos caricaturescos (Cortabanyes —cortacuernos—; Pajarito de Soto; el tío Burillas —en catalán, colillas—; Pepín Matacríos); en el uso paródico del lenguaje y la constante y deliberada utilización de tópicos («¡Este país no tiene arreglo!», «Yo no sé hacer la o con un canuto», «un lugareño cabezota y zafio»), así como en los numerosos diálogos de besugos que pueblan la novela.

Pero también surge un humor que se nutre de la actitud entre perpleja y curiosa ante el siempre cambiante espectáculo de la vida y que lleva al autor a registrar admirado lo extravagante, por diferente, y a constatar entre apiadado y escéptico aquello que no tiene arreglo. Se trata de un humor cargado de humanidad que enlaza a Mendoza con la tradición cervantina y hace de él uno de los más justificados receptores del primer galardón de las letras hispanoamericanas.

Con la perspectiva del presente encontramos en esta novela una prefiguración de temas mendozianos posteriores, desde la figura del demente que entra y sale de los

manicomios cubierto de roña —Nemesio anticipa al majareta Ceferino de la exitosa serie inaugurada con su segunda novela, *El misterio de la cripta embrujada*— hasta el ambicioso y ambiguo hombre de éxito —Paul-André Lepprince, «el príncipe», abriendo paso al Onofre Bouvila de *La ciudad de los prodigios*—. Y al cauto, inteligente y soñador protagonista debatiéndose entre la pasividad del que observa y el deseo de sumarse al torbellino de los que viven la vida realmente, una constante que nos lleva del Javier Miranda de *Savolta* hasta el Rufo Batalla narrador de la trilogía más reciente del escritor. Personajes de carne y hueso, contradictorios, que anhelan y actúan, llenos de matices que los alejan de cualquier estereotipo.

Pasividad y deseo, delirio y cordura. Una polaridad comentada en el discurso del Premio Cervantes, donde nuestro autor se preguntó sobre el grado real de demencia del personaje cervantino. «Mi conclusión —apuntó— es que don Quijote está realmente loco, pero sabe que lo está, y también sabe que los demás están cuerdos y, en consecuencia, le dejarán hacer cualquier disparate que le pase por la cabeza.»

Y siguió: «Es justo lo contrario de lo que me ocurre a mí. Yo creo ser un modelo de sensatez y creo que los demás están como una regadera, y por este motivo vivo perplejo, atemorizado y descontento de cómo va el mundo».

En la mesa del censor

La verdad sobre el caso Savolta ha sido unánimemente considerada como una obra emblemática de la Transición española a la democracia. Inicialmente titulada *Los soldados de Cataluña*, fue presentada a censura por la editorial Seix Barral en septiembre de 1973, con una tirada prevista de 3.000 ejemplares. El informe censor parece un

texto paródico del propio Mendoza: «Novelón estúpido y confuso, escrito sin pies ni cabeza. [...] El tema son los enredos de una empresa comercial [...] todo mezclado con historias internas de los miembros de la sociedad, casamientos, cuernos, asesinatos y todo lo típico de las novelas pésimas escritas por escritores que no saben escribir [...]». Pese a todo lo cual “se considera AUTORIZABLE”».

Aunque el autor era un desconocido, no podía contar con mejor apoyo. Seix Barral era entonces la más prestigiosa editorial española desde el binomio calidad/modernidad. Se trataba del sello que bajo la tutela de Carlos Barral había propiciado el Premio Biblioteca Breve y lanzado al mundo el llamado *boom* hispanoamericano. Barral se había peleado con sus socios en 1970 y creado su propia editorial, pero Seix Barral se mantenía como empresa del libro con aura. Hasta la colección Nueva Narrativa Hispánica le había llevado a Mendoza su amigo Pere Gimferrer, ya muy prestigiado poeta y crítico, así como editor de la casa, que la consideró «insólita e interesante, muy distinta de las novelas normales», según él mismo me comentó.

Tras algunos retrasos internos, y mientras Eduardo Mendoza se instalaba a vivir en Nueva York, donde había conseguido un trabajo, finalmente *La verdad sobre el caso Savolta* apareció el 23 de abril de 1975. El último Día del Libro franquista.

La novela arranca con buenas referencias. Pocos meses antes de su aparición José María Carandell, escritor que también trabajaba en Seix Barral, había avanzado la buena nueva de un libro insólito en las páginas del diario *Tele/eXpres*. Los primeros meses de su andadura, Seix Barral lo anuncia en la sección «Seleccione su libro» de *La Vanguardia*. Las ventas empiezan a dispararse.

En aquel año de la muerte de Franco *La verdad sobre el caso Savolta* va haciendo su camino y al poco, en mar-

zo de 1976, consigue el prestigioso Premio de la Crítica, otorgado en Sitges por un jurado de críticos literarios de toda España. Deja en la cuneta nada menos que a Gabriel García Márquez, quien había publicado también en 1975 *El otoño del patriarca* y era un claro favorito para este galardón. Que a Mendoza le genera efectos inmediatos.

El periodista Ferran Monegal le entrevista en su espacio de *La Vanguardia* «Hagan juego». Titula «El caso del industrial catalán fabricante de armas que fue asesinado». Y arranca con esta entradilla:

«La novela policial emerge de ultratumba para que la actividad literaria recobre —acaso— en el país su prestigio perdido. Eduardo Mendoza, traductor de la ONU, abogado no criminalista, inunda las pocas tertulias que nos quedan con su primera novela-documento, a caballo del bastión costumbrista, el relato policial y el testimonio histórico, llevándose de calle el preciado galardón que los críticos mayúsculos del país conceden».

En sus declaraciones a Monegal, Mendoza da detalles sobre la trama del libro, asegura que el asesinato —uno de los asesinatos— recreado en la obra fue real «con otros nombres, naturalmente», y que en la época no llegó a resolverse. También confiesa que, junto a los elementos históricos, «he utilizado para la construcción del relato diversas técnicas: folletín, discurso político, costumbrismo cursi, referencias a *El hogar y la moda*, sobre todo aquellas que nos ilustran sobre el comportamiento de una señorita en sociedad».

En un comentario a la obra y el galardón, el respetado novelista Juan García Hortelano apunta, desde las páginas del joven diario *El País*, que *Savolta* se ha publicado en circunstancias adversas, ya que «la nunca multitudinaria clientela, aquejada por las preocupaciones colectivas, prefiere últimamente la digerida sensatez del ensayo al esfuerzo imaginativo». La Transición democrática se estaba

desarrollando ese año 1976 entre grandes tensiones. Pero precisamente por ello «la novela de Mendoza, que a muchos reconciliará con la ficción, habrá sido, además de excelente, oportuna». El artículo resalta «las considerables dotes fabuladoras» del autor.

Subraya el autor de *El gran momento de Mary Tribune* que «su pletórica amenidad determinó pronto que el aprecio crítico, ratificado ahora solidariamente, coincidiese —lo que no es frecuente— con el gusto del público».

Difusión, influencias, reconocimientos

En efecto, Mendoza, muy pronto bien representado (desde 1979) por la más importante de las agentes literarias españolas —Carmen Balcells—, será a lo largo de toda su carrera un escritor superventas. De *La verdad sobre el caso Savolta*, Seix Barral ha vendido hasta el momento 750.000 ejemplares. De *Sin noticias de Gurb* (1991), su obra más difundida, 1.200.000.

En las reseñas de *Savolta*, y al enumerar las influencias presentes en la narrativa de Mendoza, se ha hablado a menudo de Pío Baroja, a veces como consecuencia de declaraciones del propio autor, que también ha citado a Valle-Inclán y a titanes de la novela negra como Dashiell Hammett o Raymond Chandler. En distintos análisis sobre el conjunto de su trabajo aparecen referencias que van de Dickens y la novelística francesa y rusa del XIX a Kafka y Beckett. «Mendoza representa la capacidad literaria de reverenciar la tradición sin someterse a ella», ha resumido el profesor Javier Aparicio Maydeu. Personalmente en la fragmentación narrativa de esta obra encuentro también ecos de las primeras novelas de Mario Vargas Llosa, tan leídas en la Barcelona de los años sesenta y publicadas por el mismo sello.

Pero en lo relativo al *zeitgeist*, la captación del espíritu de la época, me llama la atención que *Savolta* apareciera el mismo año que lo hacía en Estados Unidos *Ragtime* de E. L. Doctorow, una ficción histórica desmitificadora con muchos elementos innovadores que revisa la agitada Nueva York en la primera década del siglo xx utilizando personajes reales, considerada un paradigma de la llamada novela posmoderna estadounidense. Dos autores sin conexión de diferentes países —Mendoza leería *Ragtime* muy posteriormente— lanzan en el mismo año propuestas narrativas con elementos que las hacen próximas.

La verdad sobre el caso Savolta ha sido una novela muy influyente y reconocida. Con ella Mendoza se posicionó de inmediato como una de las figuras clave de la «nueva narrativa española» de la democracia. Es uno de los autores que rompen con las tendencias alabadas por la crítica en los últimos años sesenta y primeros años setenta: la novela de tono experimentalista, volcada en la innovación en el plano formal, a la vez que muy crítica en el plano sociopolítico, exigente con el lector y no apta para todos los públicos que el crítico Salvador Clotas, en su ensayo de 1971 *30 años de literatura en España*, había cifrado en nombres como Luis Martín Santos, Juan Benet y Juan Goytisolo.

Antonio Muñoz Molina ha escrito que la primera obra de Mendoza «trajo un aire nuevo a la manera de escribir y leer novelas en España», y Javier Marías, que «pasó a ser un hito, una revelación, un gran éxito, supuso una novedad sobresaliente». Para Javier Cercas, *Savolta* «reivindica la vigencia de la novela y la potencia de la ficción». Francisco Rico ha elogiado su elaboración lingüística: «Logra que todo sea absurdo y al mismo tiempo natural».

El novelista, editor y antólogo Enrique Murillo ha escrito que durante la Transición aparece un grupo generacional tan diferenciado de la generación realista de pos-

guerra —los Cela, Delibes y Matute— como de los citados vanguardistas posteriores. Murillo apunta tres características de la nueva generación literaria de la democracia: ironía, rechazo al compromiso político y voluntad de reencuentro con el lector. Mendoza cumple las tres sobradamente. Es un autor muy consciente de los mecanismos estructurales de la narración, pero no sacrifica a ellos la seducción lectora.

Elegante desenfado

Todo eso lo hacía una figura muy atractiva para los periodistas de mi generación, que en los primeros años ochenta buscábamos aire fresco, caras nuevas y miradas creativas a la realidad que escaparan al pesimismo y el tono autocrítico, tan extendidos en la cultura española que nos precedía. Para colmo Mendoza residía en Nueva York, sumergido en la atmósfera de la ciudad-espejo de los grandes sueños de la modernidad de aquella época. Su elegante desenfado en la literatura y en la vida entroncaba en buena medida, en el plano literario, con la emergente cultura moderna o posmoderna —ambos adjetivos se aplicaban— barcelonesa de entonces, como en otros órdenes lo hacía la arquitectura de Ricardo Bofill, la moda de Toni Miró o los dibujos y diseños de Javier Mariscal.

En 1991, con motivo de la presencia de la literatura española en el pabellón de invitados de la feria de Frankfurt, el suplemento *Babelia* de *El País* lanza una encuesta sobre los autores más representativos desde 1975. El más votado —el número 1— es Eduardo Mendoza, por *La verdad sobre el caso Savolta* y la posterior *La ciudad de los prodigios*, aparecida en 1988. Le siguen en la lista Juan Benet, Juan Marsé, Javier Marías, Manuel Vázquez Montalbán y Antonio Muñoz Molina.

Con motivo del viaje a España del más prescriptor de los editores alemanes, Siegfried Unseld, jefe de Suhrkamp, su representante Michi Strausfeld convoca una cena en Madrid con los más destacados representantes de la nueva narrativa hispánica. Mendoza es uno de los que aparecen en la foto que ha quedado como testimonio junto con Rosa Montero, Juan José Millás, José María Merino, Alejandro Gándara y José María Guelbenzu.

La verdad sobre el caso Savolta y *La ciudad de los prodigios*, dos grandes éxitos de crítica y lectores, ejercen un efecto reactivador clave sobre el que se ha denominado «género Barcelona», la narrativa que ofrece una visión panorámica de la vida en la capital catalana y que habían practicado en su día autores como Narcís Oller, Josep Maria de Sagarra o el mencionado Ignacio Agustí. Se trata de un efecto que acompaña el período de preparación de los Juegos Olímpicos de 1992 —del que *La ciudad de los prodigios* se convirtió en un verdadero emblema— y, tras el refuerzo vitamínico para el espíritu urbano que esta convocatoria provoca, sigue en plena efervescencia hasta el día de hoy (solo en los quince últimos años se han publicado más de un centenar de novelas que tienen como tema la Ciudad Condal, según ha documentado Sergi Doria).

Eduardo Mendoza ha sido y es un escritor leído, admirado y querido. Actualmente los estudios, artículos, tesis y tesis sobre *La verdad sobre el caso Savolta* y la narrativa mendoziana en general son incontables. Entre ellos conviene reseñar el imprescindible *Mundo Mendoza* de Llàtzer Moix, publicado por Seix Barral en el 2006, que sigue siendo el más completo —y ameno— estudio sobre la vida y la obra del escritor que pueden manejar los interesados.

Inaugurando una dinámica que tendría continuidad en varias de las posteriores novelas de Eduardo Mendoza, *La verdad sobre el caso Savolta* fue prontamente llevada al

cine. La adaptó Antonio Drove en 1978 con Charles Denner en el papel de Lepprince, José Luis López Vázquez como Pajarito de Soto, Ovidi Montllor como Javier y Stefania Sandrelli como Teresa.

Al cumplir cincuenta años esta novela, celebramos con ella el disparo de salida de una trayectoria que nos ha deparado a los lectores incontables alegrías y, para nuestra felicidad, sigue activa y productiva en el momento presente.